



“ACASO SERÉ YO?”

*“Al anochecer llegó Jesús con los doce. Mientras estaban sentados a la mesa comiendo, dijo: ‘Les aseguro que uno de ustedes, que está comiendo conmigo, me va a traicionar’. Ellos se pusieron tristes, y uno tras otro empezaron a preguntarle: ‘¿Acaso seré yo?’”
(Marcos 14:17-19, NVI)*

¡“Traición”! ¡Qué palabra tan fuerte!

Es un término mucho más profundo que “negligencia” o “negación”. La traición es el acto intencional de volverse contra alguien. Siempre daña e inflige dolor.

En nuestra cultura, vemos que esta palabra se pone en acción todo el tiempo. El hombre de negocios que defrauda a su socio. La esposa que comete adulterio contra su esposo. La víctima que siempre queda lastimada... emocional, espiritual y económicamente.

Jesús sabía quién lo iba a traicionar esa noche. Siempre sabe cuál de sus seguidores lo traionará, porque ve más allá de nuestras pretensiones espirituales y de nuestro desempeño de responsabilidades religiosas. Ve nuestro corazón. Observa nuestra frialdad espiritual. Sabe que, aunque hayamos “participado en este ministerio” (Hechos 1:17), podemos estar lejos de él en nuestro espíritu.

Pero esa noche funesta, la de su traición, Jesús sin embargo invitó a Judas a la mesa. Yo hubiera mantenido a Judas bien lejos, así como usted, ya que ninguno de nosotros es Jesús. Su amor sigue alcanzando a Judas, aun cuando sabe que Judas ha fijado su senda inalterablemente lejos de él.

Ante el anuncio de Jesús de que uno de ellos lo traionaría, hubo dos respuestas de parte de los discípulos: (1) tristeza, y (2) preocupación de que Jesús se estuviera refiriendo a ellos.

Estas dos reacciones pueden explicarse mejor al abrir el evangelio de Juan y leer algo que sucedió justo antes de que Jesús dijera que uno de sus discípulos lo traionaría. Mientras se servía la última cena, Jesús se levantó de la mesa y lavó los pies de los discípulos (Juan 13:1-17). Este hecho habrá dejado atónitos a los discípulos porque, sin decir nada, Jesús señaló la poca disposición que

tenían de servirse unos a otros. De hecho, ninguno ofreció lavar los pies de Jesús!

Sólo podemos imaginarnos lo apesadumbrados y avergonzados que se habrán sentido en torno a su falta de hospitalidad, en particular cuando Jesús añadió a su incomodidad el anuncio de que uno de ellos lo traionaría. Con razón preguntaron: “¿Seré yo?”. Ni aun lavaron los pies de Jesús, ¿y para colmo habría un acto manifiesto e intencional de traición?

Todo creyente honesto ha tenido la misma reacción: “¿Seré yo?”. Nos preguntamos introspectivamente si podríamos traicionar a Jesús. Sólo los individuos orgullosos y súper espirituales nunca se harían esa pregunta. Es el corazón tierno y honesto el que pregunta: “¿Seré yo?”. Al enfrentarnos con alguna tentación, o con la fuerte presión de ser discriminados o perseguidos, ¿es posible que nuestro corazón le falle?

Los discípulos no sólo estaban tristes por no haber lavado los pies de Jesús, ni haberse lavado los pies unos a otros, sino que esa tristeza se agravó cuando cada uno se dio cuenta de lo que era capaz: de traición.

A excepción de Judas, sabemos que al final la respuesta para la pregunta de los demás discípulos era: “No”. Después de la resurrección de Jesús, ninguno lo negó a lo largo de toda su vida. Todos permanecieron fieles hasta el final.

Hay tristeza en nuestro corazón cuando nos damos cuenta de que quizás no seamos tan leales a Jesús como profesamos, que realmente no hemos servido como deberíamos a nuestros compañeros creyentes, o aun a nuestra familia. Una autoevaluación honesta nos obliga a hacernos la pregunta: “¿Seré yo?” ■

GEORGE O. WOOD es superintendente general de las Asambleas de Dios.

Envíe sus comentarios a ep@ag.org.

Oración de respuesta

Señor Jesús, estoy agradecido porque, cuando digo “¿Seré yo?”, tu respuesta es: “No, me serás fiel”.